

ALFAGUARA



Laura Restrepo

Demasiados héroes

---

—Necesito saber cómo fue —le dice Mateo a su madre—. El episodio oscuro, quiero saber cómo fue exactamente.

—Te lo he contado mil veces —le responde ella.

Él mismo lo había bautizado así, *el episodio oscuro*, porque lo que ocurrió aquella vez fue dañino, pero también porque estaba sepultado bajo una montaña de verdades a medias. Lo peor de todo era su falta de recuerdos; aquello había ocurrido cuando él era demasiado pequeño para fijarlo en la memoria. Palos de ciego. Era una expresión que había escuchado por ahí. Así se sentía él, dando palos de ciego por entre una historia que no comprendía pero de la cual hacía parte y que lo atrapaba como una red.

—Dale, Lolé —dice Mateo, suavizando la voz y llamándola así, Lolé, como cuando era pequeño. Ahora prefiere decirle por su nombre de pila, Lorenza, y cuando se enfurece con ella le dice madre—. Dale, Lolé, cuéntame otra vez. Empecemos por lo del parque.

—Tú tenías dos años y medio. Era una tarde de jueves y tu padre, tú y yo estábamos en Bogotá, en el Parque de la Independencia.

—Y él tenía un suéter de lana grueso.

—Puede ser.

—En las fotos he visto que él usaba suéteres de lana gruesos.

—Suéteres no, pulóveres.

---

—Qué son pulóveres.

—Suéteres. Pero él decía así, pulóver. Los colombianos decimos suéter y los argentinos dicen pulóver. Rídiculo, siendo en inglés ambas cosas.

—Lo que quiero saber es si también esa tarde, en el parque, él tenía puesto un pulóver de lana grueso.

—Quién sabe. Lo que sí recuerdo es que andaba de pelo largo. En Argentina tenía que llevarlo bien corto, la dictadura no toleraba mechudos. Pero al llegar a Colombia se lo dejó crecer. Si quieres saber cómo era tu padre, Mateo, mírate al espejo y ponte una docena de años más. Así era Ramón en ese entonces.

—No es cierto, yo no tengo los hombros anchos. Mi tío Patrick me contó que Ramón los tenía anchos.

—Dentro de poco los vas a tener así.

—Volvamos a esa tarde, en el parque.

—Vamos paseando Ramón y yo, y te llevamos de la mano. El cielo es de un color azul hortensia, como son los cielos de Bogotá cuando...

—No quiero saber cómo son los cielos de Bogotá —dice Mateo—. Quiero entender lo que pasó.

A veces Lorenza le dice a su hijo que lo más horrendo del episodio oscuro es que sucedió justamente cuando el horror estaba por terminar. Atrás iba quedando la dictadura argentina y Ramón y ella habían sobrevivido a la clandestinidad. Después de cinco años de militar juntos en la resistencia, se habían apartado del partido y habían abandonado el país, desconcertados como monjes que salieran del claustro y asomaran las narices al mundo de afuera. Para Lorenza, que era colombiana, el cambio no había sido tan difícil; al fin de cuentas el regreso a Bogotá le había permitido volver a estar entre su gente, en un mundo conocido al que se reintegró sin mucho drama.

En cambio Ramón, siendo argentino, quedó flotando en el aire. Le dio por detestar todo lo que lo rodeaba, encontró a la familia de ella aborreciblemente burguesa y empezó a verla a ella misma como a un ser desconocido que poco tenía que ver con la mujer de la que se había enamorado en Buenos Aires. Una vez rota la complicidad que los había unido durante la clandestinidad, se habían convertido en dos extraños.

—En Bogotá tu padre se me volvió invisible —le confiesa Lorenza a su hijo.

—Cómo, invisible. Nadie se vuelve invisible.

—Tal vez yo andaba demasiado ocupada contigo, con el trabajo, con la familia, a lo mejor conmigo misma. Además, suele suceder entre gente muy unida en tiempos de peligro. Pasa el peligro y descubren que sólo eso los unía. La cosa es que ya no hallaba lugar para tu padre. Haz de cuenta un abrigo muy pesado en pleno verano.

—Un pulóver de lana en pleno verano.

—No sabes qué hacer con eso, no pertenece a ese momento ni a ese lugar. Además Ramón tampoco ayudaba, porque empezó a comportarse de una manera, digamos, rara. No lograba entender de qué se trataba la vida fuera del partido. Pero era todavía más grave, creo que no lograba entender cómo se vive sin la dictadura, sin tener enfrente a un enemigo al que debes destruir para que no te destruya. Todo eso hizo que la convivencia se convirtiera en un malestar permanente, y nos separamos.

—Para, Lorenza. *¿Nos separamos? ¿Dices nos separamos* y sales del lío? Quién se separó. De quién fue la idea de separarse.

—Mía.

—Tú te querías separar.

—Sí.

---

—Y mi padre no quería.

—No. Él no quería.

—Eso es muy distinto a *nos separamos*.

—Yo había conseguido trabajo como periodista, y cuando me separé me fui contigo a vivir a casa de mi madre, mientras que Ramón se quedó en el apartamento que habíamos alquilado en el centro de la ciudad.

—Nosotros otra vez clase alta, y él todavía a lo pobre.

—No del todo: tú y yo en un cuarto de huéspedes, tu padre en su propio apartamento.

—Volvamos al parque.

—Estamos en el parque. Jueves, cinco de la tarde. Te montamos en uno de los caballitos del carrusel, nos paramos a tu lado para sostenerte y mientras tanto conversamos. Una charla asombrosamente serena, diría yo; nada que ver con las violentas discusiones por las que acabábamos de pasar durante la separación. Ramón me pregunta si estoy segura de que separarnos es realmente lo que quiero. Unos días antes me lo hubiera dicho a gritos, pero ahora me formula la pregunta en tono neutral, como un notario que averigua un dato. Yo le respondo que sí, que estoy segura, que la separación ya es un hecho y que no vale la pena reabrir la discusión. Él dice que no quiere discutir nada, sólo necesita confirmar que la cosa no tiene vuelta atrás. No, le digo yo. La cosa no tiene vuelta atrás. Él no insiste y cambia de tema, me dice que el fin de semana te va a llevar de paseo a una finca. Va a recogerte temprano a la mañana siguiente, viernes, y te va a devolver el domingo antes de las siete de la noche. Es una finca por los lados de Villa de Leyva, y tu padre me dice que debo mandarte bien abrigado porque hará frío.

—¿No le preguntas de quién es la finca, o dónde queda exactamente? ¿No le pides el teléfono del lugar donde va a llevarme?

—No. No quiero que piense que me inmiscuyo en su nueva vida. Él es un excelente padre, te adora y te cuida y en ese momento me parece lo más natural que quiera estar solo contigo unos días. Pienso, además, que si ya anda organizando paseos, debe ser porque está más tranquilo con la idea de la separación. Cada uno te agarra de una mano, y mientras anochece caminamos los tres por los senderos del parque. En un momento dado tú te caes, te raspas una rodilla y lloras un poco, no mucho; no ha sido gran cosa. Lo raro es que Ramón y yo conversamos agradablemente, de nada especial. Por primera vez, desde que empezaron las garroteras de la separación, volvemos a pasar un buen rato juntos. Me da la sensación de que podremos llegar a ser una pareja separada que comparte un hijo en buenos términos, y eso me alegra.

—Bueno. Y ahora sí, al episodio oscuro —dice Mateo.

—El viernes te despierto temprano, te baño, te visto y le pido a la abuela que te dé el desayuno...

—Me habías dicho que tú me diste el desayuno.

—No, te lo da la abuela mientras yo organizo el maletín para tu fin de semana en tierra fría. Meto un par de overoles de pana, un suéter...

—Un pulóver.

—Un pulóver, medias y camisetas, tu pijama de ositos, que es la más abrigada, tu impermeable y tus botas para la lluvia. A las siete y media Ramón timbra y yo le entrego al niño, o sea a ti, junto con el maletín. Tú vas contento; te gusta estar con tu padre y te alegras de verlo. Le doy también una bolsa con un Choco-Quick, unas